

generalizada contra la población, tiene que ver con la larga trayectoria y las reivindicaciones que habían logrado incluso antes de la Violencia. En efecto, los agrarios habían logrado su reconocimiento como colonos y en muchos casos habían obtenido la titulación de las tierras, por lo que su objetivo principal después de la fase más aguda de la Violencia era lograr la paz en la región para seguir laborando en sus parcelas y conseguir una infraestructura mínima en cuanto a vías y planteles educativos que les permitiera asegurar su desarrollo económico y social. Esta situación muestra la persistencia del problema agrario en el país, pero también los efectos positivos que podría traer la democratización de la tierra a gran escala.

El segundo tema es el papel de la lectura y la formación autodidacta de Juan de la Cruz como una parte importante de su liderazgo social y político. Pero, además de esta dimensión, resaltada en forma adecuada por las autoras, quedan en el aire otras aristas de sumo interés. Una de ellas es la ambivalente valoración del conocimiento libresco en un medio agrario y carente de educación formal, pues al mismo tiempo que se le aprecia como medio de superación personal y de herramienta indispensable para la lucha política, es evidente cierta valoración crítica de los “comelibros” como personas excéntricas y ajenas a la comunidad. Aunque la afición de Juan de la Cruz por los libros fue motivo de sarcasmo entre sus antagonistas, que lo apodaron “el vendepapeles” (pág. 280), su condición de campesino y partícipe del mundo material y simbólico de los labriegos facilitó el reconocimiento de su liderazgo en la región⁴.

Un tercer tema es el de las ideologías políticas presentes en el movimiento agrario y de manera particular en Juan de la Cruz. Hasta ahora, o no se cuestiona en absoluto o se condena como una flaqueza ideológica, esa compleja relación que existe entre liberalismo, gaitanismo y comunismo, pero faltan

4. Otro tema es el de las lecturas populares de los clásicos de la literatura, aspecto en que ha avanzado Rocío Londoño en su artículo “¿Cómo leyó Juan de la Cruz Varela?”, en *Análisis Político*, Bogotá, núm. 15, 1992, págs. 114-122.

estudios sobre cultura política que expliquen porqué se ha dado esta situación y qué consecuencias ha tenido en diferentes niveles. Tampoco tenemos muchas investigaciones sobre cómo se articulan ideologías políticas y vida cotidiana, por ejemplo, sobre uso del tiempo libre, solución de problemas entre vecinos, relaciones familiares y de género, temas sobre los cuales abundan pistas en los relatos de los testimoniantes y del mismo Juan de la Cruz.

Luz Ángela Núñez Espinel

“Luchas propias y ajenas”

Aventureros, mercenarios y legiones extranjeras en la Independencia de la Gran Colombia

MATTHEW BROWN

Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, La Carreta Editores, colección Ruta del Bicentenario, Medellín, 2010, 278 págs., il.

RESULTA CUANDO menos curioso escribir en estos momentos una reseña de la tesis doctoral de Matthew Brown (University College of London) sobre los europeos que se incorporaron en los ejércitos libertadores. Y digo curioso, porque han transcurrido ya ocho años desde que la obra se editó originalmente en inglés¹ y cuatro desde que la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia y La Carreta Editores la publicaron en Colombia en lengua española. La tardanza es tanto más lamentable por cuanto en septiembre de 2012 tuvo lugar en Londres el lanzamiento del nuevo libro del historiador británico, que versa también sobre nuestro periodo independentista y es a la vez un sorprendente análisis internacional de la Batalla del Santuario y una biografía colectiva de los veteranos que en ella participaron². Entre tanto,

1. *Adventuring through Spanish Colonies. Simón Bolívar, Foreign Mercenaries and the Birth of New Nations*, Liverpool, Liverpool University Press, 2006, 266 págs.

2. *The Struggle for Power in*



Brown ha editado, además, *Informal Empire in Latin America: Culture, Commerce and Capital* (2008) y, junto con Gabriel Paquette, *Connections after Colonialism. Europe and Latin America in the 1820's* (2013). Por lo tanto, las notas siguientes tienen tres propósitos principales: romper un silencio bochornoso, colmar un vacío difícilmente explicable y llamar la atención sobre el conjunto de una obra historiográfica de indiscutible calidad.

Por su magnitud, el fenómeno de los extranjeros que sirvieron como mercenarios en las filas republicanas de la Tierra Firme llamó la atención de propios y extraños desde un comienzo. Los agentes confidenciales franceses que visitaron la República de Colombia a principios de los años veinte del siglo XIX se refirieron a él en sus notas. Gaspard-Théodore Mollien calculaba en 1823 que el número de súbditos británicos que se habían incorporado al ejército libertador ascendía a 4000 y que durante la guerra la mayoría había perecido, de suerte que para entonces no quedaban más que 400³. Benoît Chassériau se refirió también a esta curiosa afluencia y la juzgó como parte de una estrategia británica para apoderarse del comercio del Nuevo Mundo con exclusión de las demás potencias. Años más tarde, el mismo José Manuel Restrepo en su *Historia de la revolución de la República de Colombia en la América*

Post-Independence Colombia and Venezuela, Nueva York, Palgrave-MacMillan, 2012.

3. *Notes reçues de Colombie*, Archives du Ministère des Affaires Étrangères (París), Correspondance politique, Colombie, t. 2, fols. 98-107.

Meridional (1858) abordó la cuestión y si bien juzgó con dureza la contribución de los extranjeros en la guerra de liberación, subrayó el hecho de que sirvieran como vector de transmisión de la táctica moderna⁴.

En el siglo XX varios investigadores se interesaron por la materia y publicaron libros al respecto. Entre ellos cabe citar el de Alfred Hasbrouck, quien construyó su obra empleando documentos provenientes de archivos de Bogotá y Caracas⁵, o el de Eric Lambert, quien recurrió también con muy buen tino a los periódicos irlandeses de la época⁶. ¿Por qué entonces emprender una nueva investigación sobre el tema? El propio Matthew Brown lo explica en la introducción de su trabajo: en primer lugar, porque las fuentes disponibles en Ecuador, España o los archivos provinciales de Colombia y Venezuela permanecían inexplorados. En segundo término, porque la orientación imperante había sido hasta entonces la militar. En consecuencia, Brown adoptó una perspectiva que, sin olvidar los asuntos castrenses, es también social, cultural y política. En tercer lugar, el autor, preocupado por las relaciones de los súbditos británicos con los territorios y las gentes de Nueva Granada y Venezuela, hizo suyo un enfoque en el que el imperio es analizado más allá de su aspecto “formal”, es decir, aún por fuera de sus manifestaciones clásicas en territorios controlados efectivamente por el gabinete de St. James o sometidos a su autoridad.

El resultado de este ejercicio académico es un libro de nueve capítulos, donde se analizan tanto el reclutamiento y el primer encuentro de los extranjeros con la realidad de la Tierra Firme en tiempos de revolución, como sus comportamientos frente al honor, las identidades raciales y nacionales, la esclavitud, o la integración en las nuevas sociedades republicanas de la

posguerra. En otras palabras, el interés de Brown va mucho más allá de la pugna independentista y se extiende la totalidad de la experiencia de los legionarios a ambos lados del Atlántico: estos dejan de ser así “máquinas militares unidimensionales” para convertirse en seres humanos complejos. Ese es, indudablemente, uno de los grandes aciertos de la obra.

La materia prima con que fue construida procede de una impresionante cantidad de archivos (22) diseminados por Suramérica (Colombia, Ecuador, Venezuela) y Europa (Irlanda, Irlanda del Norte, Escocia y España). El autor pudo así reconstruir los destinos de 3000 aventureros y delimitar con precisión en el excelente capítulo que abre el libro los contornos de un fenómeno que había sido definido hasta ahora de manera más bien especulativa. Gracias a Brown hoy sabemos que los reclutas fueron alrededor de 7000 y que la mayoría de ellos eran solteros (aunque también viajaron 150 mujeres y niños). Además, Brown establece que los legionarios provenían de diferentes puntos de Europa e incluso de las *West Indies*, aunque esencialmente “componían una muestra transversal de las sociedades británica e irlandesa” y eran en particular originarios de Irlanda (50%) e Inglaterra (20%). En promedio, tenían veintiocho años de edad y si bien los oficiales sabían leer y escribir, quienes sirvieron como soldados rasos eran en su mayoría analfabetos. Contrariamente a lo que solía afirmarse hasta entonces, de acuerdo con Matthew Brown solo un

tercio de los reclutas tenía experiencia militar previa. Los demás se habían desempeñado antes como peones y artesanos. En síntesis, se trataba de hombres que vieron en el servicio en los rangos republicanos un medio para convertirse en colonos y construirse un nuevo destino. De ahí que Matthew Brown optara con razón para designarlos por el término “aventureros” de preferencia al de “mercenarios” o al de “voluntarios”.

El segundo capítulo del libro es también maravillosamente útil, pues en él se examinan los diferentes grupos de oficiales y soldados que se embarcaron rumbo a la Tierra Firme y que fueron llegando de manera sucesiva entre 1817 y 1820, así como los diferentes lugares en los que combatieron. Un juicioso tratamiento de la información permite a Brown establecer conclusiones muy precisas acerca de los aventureros fallecidos en combate (1800) o a causa de la fiebre amarilla (1500); de los que regresaron a su país de origen de manera inmediata o posterior (1000 y 2000, respectivamente), o de quienes sobrevivieron a las guerras y se domiciliaron en la República de Colombia (500).

El capítulo tres analiza los obstáculos que dificultaron el servicio de los aventureros europeos y que se opusieron de forma persistente a la profesionalización de las huestes independentistas (enfermedades, desertiones, malnutrición, falta de salarios, desnudez, embriaguez y carestía). Las creencias religiosas, por su parte, y contrario a lo que podría creerse, no fueron fuentes habituales de conflicto. En efecto, una magnífica caricatura inglesa proveniente de la Fundación John Boulton (pág. 91) parece confirmar que tanto los oficiales extranjeros, como los colombianos, asumieron una actitud más bien descreída frente a las cosas del altar. El cuarto capítulo atañe la cuestión del honor, cuyas interpretaciones tradicionales también se hallaban en plena mutación durante el periodo independentista porque la guerra tendió a disolver las fronteras sociales. En consecuencia, Brown muestra, en primer lugar, que en aquellos convulsionados tiempos los rangos militares resultaban mucho más prestigiosos que las consideraciones de clase y



4. *Historia de la revolución de la República de Colombia en la América Meridional*, t. 3, Besanzón, José Jacquin, 1858, págs. 83-84.

5. *Foreign legionaries in the liberation of Spanish South America*, Nueva York, Columbia University Press, 1928.

6. *Voluntarios británicos e irlandeses en la gesta bolivariana*. La obra se compone de tres volúmenes: el primero fue publicado por la Corporación Venezolana de Guayana en 1983. Los dos restantes por el Ministerio de Defensa de Venezuela diez años más tarde.

raza y, en segundo lugar, que los expedicionarios británicos e irlandeses se encargaron de difundir en la Tierra Firme la costumbre de batirse en duelo, antes de que esta comenzara a declinar en 1821 con la consolidación de las autoridades republicanas.

¿Cómo se definían a sí mismos los aventureros? La pregunta (respondida en el capítulo 5) es de la mayor importancia puesto que aquellos hombres provenían de diferentes puntos de Europa (Gran Bretaña, Irlanda, Alemania, Polonia, Prusia...), practicaban religiones distintas y servían una causa, que si bien podía presentarse como la de la libertad, se encarnó con el pasar del tiempo en diferentes entidades estatales: Venezuela hasta 1819, Colombia hasta 1831 y a partir de entonces Nueva Granada, Ecuador y Venezuela. La investigación de Matthew Brown provee evidencias convincentes que muestran que si bien el lugar de origen continuó desempeñando un papel importante (“lealtades residuales”), a partir de 1820 la nueva identidad colombiana fue asumida sin tropiezos por los aventureros, lo que se nota en actitudes tan dicentes como la hispanización de sus nombres o la creación del batallón Albión. Sin embargo, con la disolución de la República de Colombia, la integración tendió a hacerse cada vez más difícil y entró a depender de ciertos criterios sociales como el matrimonio.

El capítulo sexto explora el comportamiento de los aventureros frente a las cuestiones de raza y esclavitud e indica, en esencia que, a pesar de haber combatido con muchos militares negros y pardos durante la campaña libertadora, los extranjeros adoptaron los prejuicios criollos (con excepciones notables como la de John Runnel) y se esforzaron por afirmarse como hombres blancos, por lo que ni dejaron de adquirir esclavos –cuando les fue posible– ni se comprometieron con las empresas abolicionistas.

Los capítulos séptimo y octavo se refieren a la vida de los aventureros con posterioridad a su participación en la contienda militar. El uno lo hace siguiendo las “leyes de haberes militares” y las dificultades que debieron enfrentar para recibir las recompensas a que tenían derecho (tiempo de servicio, trámites burocráticos, pobreza del



erario, ausencia de conexiones, apetito de los especuladores...) y para acceder a su naturalización como colombianos. El otro lo hace a través de la incorporación de unos pocos veteranos en las sociedades de la Tierra Firme de la posguerra. Según Brown, el ejército se convirtió, por razones obvias, en su mayor empleador. El resto de los antiguos legionarios se dedicó a las labores agrícolas, artesanales y comerciales o sucumbió al alcohol y a la criminalidad. Con todo, los mejor librados parecen haber sido aquellos que habiendo pertenecido a la oficialidad lograron contraer matrimonios ventajosos e incorporarse en el seno de familias influyentes. Aún así, en adelante tuvieron que apelar a su talento para sortear los peligros que entrañaron los conflictos civiles a partir de 1831.

El último capítulo es, en mi opinión, uno de los mejores del libro. Está construido confrontando la manera en que se forjó a ambos lados del Atlántico la memoria sobre la participación de los aventureros en la lucha independentista. En el Reino Unido, los numerosos libros publicados por combatientes despechados a su regreso en casas editoriales de Londres, Edimburgo y Dublín “dieron forma a la manera en que los británicos entendieron a la Gran Colombia por el resto del siglo”, y se encargaron de disolver el optimismo que el republicanismo americano supo despertar en un comienzo. Entre tanto, en las actuales Colombia y Venezuela se impuso en los libros de historia una retórica celebratoria que contrasta con el abandono de importantes “lugares

de memoria”, como los cementerios británicos de Caracas y Bogotá.

Hay que decir algunas palabras, aun cuando breves, sobre la edición del libro de Matthew Brown en lengua española. Por desgracia, ésta no está a la altura de la obra. Algunos errores crasos despuntan desde el comienzo: el nombre mismo del autor está mal escrito en la portada y en la presentación (!) y las notas de pie de página fueron traducidas de manera incompleta o presentan problemas en la numeración. En cuanto a los mapas, cabe decir que el de la República de Colombia incluido al comienzo tiene la calidad de una mala fotocopia y es tan pequeño que resulta enteramente inútil. Los de las páginas 60 y 74, por su parte, están parcialmente en inglés. No obstante, la calidad de la traducción es bastante buena (salvo la tendencia anglicanizante de emplear el gerundio en títulos y subtítulos) y el libro se deja leer con facilidad.

En síntesis, *Aventureros, mercenarios y legiones extranjeras en la Independencia de la Gran Colombia* es uno de los mejores libros publicados recientemente sobre nuestra revolución fundacional. Como se ha visto, el estudio del grupo de legionarios extranjeros que sirvieron en la Tierra Firme sirve de excusa para un examen singular, no solo de la participación de estos en las luchas contra la autoridad española, sino también de la gran mutación en su conjunto. En particular, la obra marca el comienzo de una interrogación muy original del autor acerca de la participación del Reino Unido en la revolución de independencia. Y es que a pesar de ser el mayor imperio de su tiempo, la Gran Bretaña no contaba con medios suficientes para imponer por sí sola sus puntos de vista o para defender sus intereses en las nuevas y lejanas repúblicas americanas. En consecuencia, no podía prescindir de los varios cientos de súbditos que habitaban en ellas y que habían logrado construirse allí un lugar eminente. Apelando a su primera y persistente identidad, el gabinete londinense logró convertirlos en aliados de primera importancia en la tarea de asentar el predominio político y comercial británico. Después de explorar en un primer momento el alcance de la presencia

de los aventureros europeos, este apasionante tema es el núcleo del nuevo libro de Matthew Brown, que esperamos ver publicado próximamente en Colombia.

Daniel Gutiérrez Ardila

Centro de Estudios en Historia (CEHIS),
Universidad Externado de Colombia

Valioso aporte, sin teoría

Mestizos heraldos de Dios. La ordenación de sacerdotes descendientes de españoles e indígenas en el Nuevo Reino de Granada y la racialización de la diferencia, 1573-1590

JUAN F. COBO BETANCOURT

Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), Bogotá, 2012, 153 págs., il.

ESTE NUEVO libro de la colección Cuadernos Coloniales del ICANH, del joven historiador Juan Fernando Cobo Betancourt, se concentra en el debate que surge a raíz de las ordenaciones de sacerdotes mestizos hechas por el arzobispo Luis Zapata de Cárdenas a finales del siglo XVI en el territorio neogranadino. Dicha polémica superó los límites de la Nueva Granada y se enmarca en una espacialidad más amplia, dado que involucró a la Corona española –con su máximo representante Felipe II–, al papado, a los clérigos que habitaban el territorio colonial y a la élite administrativa.

El libro está dividido en tres capítulos. En el primero, el autor se interroga sobre la ordenación de sacerdotes no europeos en América y en

otros lugares de evangelización católica, mostrando un acercamiento a la historia comparada. Llama la atención de este primer fragmento del libro que en territorios asiáticos y africanos el mismo papa concedió la ordenación de sacerdotes nativos, mientras que en América la idea de infantilización del indio impidió tajantemente esta posibilidad. Para demostrar esto, el autor se basa en un exhaustivo estudio del marco legal, en el que muestra su destreza en el manejo de archivos y en especial en el uso del latín.

En el segundo capítulo el autor ya se enfoca en su objeto de estudio: la ordenación de sacerdotes mestizos en el Nuevo Reino de Granada. El capítulo gira en torno a la vida de fray Luis Zapata de Cárdenas, en él muestra su ascenso en la jerarquía eclesiástica al pasar de soldado a franciscano y luego obtener el prestigioso título de arzobispo. En la medida en que el autor revela las transformaciones de este personaje, va hilando las múltiples contradicciones del arzobispo al mostrarse a favor de la ordenación de mestizos, pero siempre dejándolos en un nivel que les imposibilitaba escalar a cargos más honoríficos dentro de la Iglesia como el de canónigo.

Esta es una nueva faceta que se nos presenta del arzobispo Zapata, pues si bien la historiografía interesada en el tema religioso en el Nuevo Reino de Granada ha referenciado de manera directa o indirecta al arzobispo (Carlos E. Mesa, *Concilios y Sinodos en el Nuevo Reino de Granada, hoy Colombia*, 1974 y Pedro Antonio Ospina Suárez, *Hernando Arias de Ugarte (Bogotá, 1561-Lima, 1638). El Obispo de América del Sur*, 2011), hasta ahora no habíamos tenido en un pequeño escrito los diferentes rostros de este clérigo. Como bien lo señala el historiador, los autores abiertamente comprometidos con sus creencias religiosas nos han presentado al arzobispo como un revolucionario eclesiástico que, junto con su “Catecismo e instrucciones”, creó la reglamentación necesaria para consolidar el papel de la Iglesia en la Nueva Granada. Juan Fernando Cobo, por el contrario, nos lo revela como un individuo que luchó con la oposición de sacerdotes regulares y de los entes administrativos locales para ordenar mestizos y fortalecer al clero

secular, pero esa idea de revolucionario es matizada al mostrar las mismas contradicciones de Zapata. Incluso es interesante que el arzobispo tuviera controversias con su antigua orden, los franciscanos, en su intento por ampliar en la Nueva Granada al clero secular.

Las contradicciones de Zapata de Cárdenas son mencionadas con mayor detalle en el último capítulo. El autor señala que después de una masiva ordenanza de mestizos, el mismo arzobispo limitó las pretensiones de ascenso de los mismos. Quizás por esto es que la parte final del libro se convierte en la más interesante. Aquí el autor nos presenta una postura más analítica y reflexiva, en el sentido en que se cuestiona por un concepto que de hecho aparece en el título del libro: “la racialización de la diferencia”.

Apoyado en los trabajos de Berta Ares Queija, Kathryn Burns y Walter Mignolo, Juan Fernando Cobo aborda el término “mestizo”, señalando que dicho concepto variaba de acuerdo con quien lo usara. Sacerdotes de raza mixta procuraron hacer hincapié en su ascendencia europea para lograr escalar en la jerarquía eclesiástica. No obstante, sus opositores –incluido el mismo arzobispo Zapata de Cárdenas– se enfocaron en su ascendencia indígena para así evitar que lograran una mejor posición clerical. De esta forma, los europeos construyeron una “barrera discriminatoria, un límite de exclusión permanente en la pirámide social” (palabras del autor).

El trabajo de Cobo es más que novedoso. Si seguimos la premisa planteada por la historiadora mexicana Perla Chinchilla Pawling (*De la composición loci a la República de las letras. Predicación jesuita en el siglo XVII novohispano*, 2004, pág. 16) y hacemos la distinción entre clérigos de “villa y corte” y los de “plaza y pasión”, podremos notar que nuestra historiografía se ha enfocado principalmente en los primeros, olvidándose muchas veces de los segundos. Chinchilla ha señalado que en el mundo novohispano la evangelización (catequización) fue quedando en manos de predicadores no oficiales, los cuales eran despreciados por los de “villa y corte”.

Esa afirmación es difícil de sostener para toda América, pues en el

